

JACULATORIAS.

In toto corde meo exquisivi te : ne repellas me à mandatis tuis. Salm. 118.

Deseé, Señor, agradaros con todo mi corazón; no permitais que me separe jamás de vuestra divina voluntad ni en la mas mínima cosa.

Da mihi intellectum, et scrutabor regem tuam, et custodiam illam in toto corde meo. Salm. 118.

Abridme, Señor, los ojos para conocer todo aquello que os agrada, y con toda el alma me dedicaré á daros gusto hasta en la menor de todas mis obligaciones.

PROPOSITOS.

1. Ninguna cosa perjudica tanto á la salvacion como el descuido en las cosas pequeñas : de este principio nacen las mas funestas caidas, y en esta infidelidad tiene su origen la tibieza; mal tanto mas temible quanto es menos temido. No es nada, se dice, una falta tan lijera; algun dia se sabrá de cuánta consecuencia fué esta falta. Tampoco parecia nada, ó á lo mas un poco de curiosidad, volver la cabeza para ver como se abrasaba una ciudad con fuego del cielo; pues esa curiosidad costó la vida á la mujer de Lot, castigada de un modo tan extraño como visible. Despreciar las cosas pequeñas, es estar desagradando á Dios continuamente, desobedeciéndole á todas horas en las materias mas fáciles; es negarle lo que sin dificultad se concederia á un amigo, ó á cualquier hombre de alguna distincion; es, hablando en rigor, serle infiel todos los dias y todo el dia. Pues examina ahora cuáles son aquellas leves obligaciones de tu estado que desatiendes con mayor frecuencia; cuáles las reglas que mas acostumbras quebrantar, con pretexto de que no obligan bajo pena de pecado, y que

son reglas de poca consideracion. Acuérdate de que no hay cosa pequeña cuando se trata de servir á Dios; todo es respetable, todo es grande cuando su Majestad lo manda; su voluntad da un sumo valor, una suma estimacion á todo. Forma siempre un superior concepto de todas las obligaciones, de todos los ejercicios espirituales, de todas las reglas, de todas las costumbres y usos santos de la religion.

2. Si tienes ya determinado cierto método de vida, si tu director te ha arreglado ciertos ejercicios espirituales, ciertas penitencias, ciertas devociones, guárdate bien de faltar voluntariamente á ellas; en ninguna te dispenses sin justo motivo, con pretexto de parecer te menudencia. Grande modestia de los ojos en la iglesia, constante apacibilidad dentro de tu casa, puntualidad inalterable en levantarte por la mañana siempre á la misma hora, escrupulosa delicadeza de conciencia en evitar aun la mas mínima mentira oficiosa, una palabra que ofenda la caridad; exactitud en el ayuno, sin sostenerle con muletas excusadas. Si tú mismo te has impuesto algunas reglas para tu gobierno, sé exacto en observarlas; sé rigido en castigarte su transgresion, y nada te dejes pasar en materia de moral. Estas menudencias espirituales fomentan la devocion, y contribuyen maravillosamente para hacer santos.

DIA VEINTE Y SEIS.

SAN FELIPE NERI, CONFESOR.

San Felipe Neri, fundador de la congregacion del Oratorio en Italia, célebre por el don de virginidad, por el de profecía y por el de milagros, nació en Florencia el dia 22 de julio del año 1515. Fué su

padre Francisco Neri, y su madre Lucrecia de Soldi; ambos mas recomendables por su virtud que por su antigua nobleza. Criaron al niño con el mayor cuidado, aunque costó poco el buen resultado de su educacion. Su natural inclinacion á la virtud, y las buenas disposiciones de corazon y de entendimiento con que habia nacido, le facilitaron los grandes progresos que en breve tiempo hizo, no menos en la ciencia de los santos que en el estudio de las letras humanas. Perdió á su madre siendo aun muy jóven; pero su bello natural, su apacibilidad, su rendimiento, y especialmente su sólida virtud, hicieron que encontrase otra no menos tierna y amorosa en las segundas nupcias de su padre. Amóle la madrastra como si hubiera sido su hijo; y por su modestia, por su apacible natural y por su genio oficioso apenas era conocido en Florencia con otro nombre que con el de *Felipe el bueno*. No se hablaba de otra cosa en toda la ciudad que de la virtud de aquel ejemplar mancebo.

A los ocho ó nueve años de su edad experimentó una prueba de la especial proteccion del cielo, habiendo caido del desvan de una casa sin haber recibido daño alguno. Crecian con la edad su juicio y su virtud, y ya comenzaba á mirar con aficion la vida santa y penitente de los religiosos, cuyas casas frecuentaba, cuando por razones de familia le envió su padre á la villa de San German, situada al pié del monte Casino, para que viviese en compañía de un tío suyo, llamado Rómulo, hombre poderoso y sin sucesion, que le tenia destinado para su heredero. Hizo muy poco caso de esta herencia. Estuvo dos años en compañía de su tío, edificando á todo el pueblo con su modestia y con sus virtuosos ejemplos. Pero aspiraba á mayor fortuna, y cuanto mas iba conociendo al mundo, mas suspiraba por retirarse de él. Suplicó al tío que le diese licencia

para ir á Roma á acabar sus estudios; y aunque á Rómulo le causaba gran dolor el alejar de sí á un sobriño tan amable, al fin, como era timorato, hizo escrúpulo de oponerse á la voluntad de Dios, si resistia á una vocacion tan declarada.

Apenas hubo llegado Felipe á Roma, cuando se distinguió en aquella corte, no menos por su ingenio que por su virtud. Hizo en pocos dias tan rápidos progresos en las ciencias y en la santidad, que fué tenido en Roma por uno de los mas hábiles teólogos de su tiempo, y por uno de los mayores santos de su siglo. Resplandecia la virtud en toda su conducta; brillaba en el semblante y en todo el porte exterior. Su modestia y su virginal pudor le hacian respetar hasta de los mas disolutos: con todo eso no faltaron algunos tan malignos y tan descarados que armaron lazos á su inocencia, pero siempre con grande confusion de los mismos que le pretendian derribar. Por largo tiempo permitió Dios que padeciese su virtud semejantes combates, sin duda para darle ocasion á que alcanzase mayores triunfos. Fingianse enfermas muchas mujeres perdidas, y le llamaban á sus casas con pretexto de convertirse, siendo en la realidad para provocarle; pero con el auxilio del cielo salió mas pura su virtud de estas peligrosas ocasiones, sirviéndole para vivir mas cuidadoso, mas humilde, mas recogido y mas mortificado.

Era su vida muy austera y penitente. Comia una sola vez al dia, reduciéndose la comida á pan y agua; si tal vez añadía algunas yerbas, cuidaba de que fuesen tan mal guisadas, que el regalo se convertia en verdadera penitencia. Su oracion era continua, interrumpiéndose solo con un brevísimo sueño. Despues de haber visitado todos los dias las siete estaciones de Roma, se retiraba por las noches al cementerio de Calixto, donde continuaba sus ejercicios espirituales

en las catacumbas de los santos mártires. Aquí fué donde comenzó su corazón á abrasarse tanto en el incendio del divino amor, que con el tiempo llegó á suplicar al Señor que mitigase sus ardores. Estrechándose cada día mas y mas en union íntima con Dios, á los veinte y tres años de su edad se prohibió á sí mismo todo comercio con el mundo, resuelto á no pensar en otra cosa que en su propia santificación y en la salvacion de las almas. Los hospitales, las cárceles y las casas de misericordia eran el teatro de su caridad; y como si no hubiesen sido bastantes para su zelo, no habia día que no se le encontrase en las plazas, en los corrillos, en los sitios públicos, en el banco, en el cambio, y hasta en los mercados, para ganar á todos con sus santas conversaciones y con sus ejemplos. Bendijo Dios de tal suerte una caridad tan industriosa y tan activa, que se notó una mudanza considerable en todos los parajes que Felipe frecuentaba. Desterráronse de los lugares públicos las pendencias, las blasfemias y las obscenidades. Vióse en Roma con admiracion una general reforma de costumbres, aun antes que fuese conocido el autor de la reforma.

Desde entonces comenzaron todos á reverenciar la virtud y el mérito de tan insigne operario. Juntáronse algunas personas virtuosas que quisieron tener parte en tan santas obras. No se limitaba su caridad á los niños y á los pobres vergonzantes; extendiase á todos los estados. Estaba en continuo movimiento, solicitando limosnas para los hospitales, para las cárceles y para las comunidades religiosas mas necesitadas.

Hacia el año de 1550, á instancias de un virtuoso eclesiástico, su confesor, llamado Persiano Rosa, fundó la cofradia de la Santísima Trinidad en la iglesia de San Salvador del Campo, para socorrer á los po-

bres extranjeros; á los peregrinos, y á los convalecientes, que no tenian donde retirarse. Era Felipe como el alma de este nuevo cuerpo, y escogia siempre para sí las funciones mas penosas de sus miembros.

Admirado Persiano Rosa de los grandes frutos que producía en la Iglesia la ardiente caridad de su fervoroso penitente, juzgó que seria de mucho mayor utilidad su ministerio si recibia los sagrados órdenes. Propúsosele, y se sobresaltó su humildad; pero al fin fué preciso obedecer; y para no darle tiempo á representar nuevas dificultades, solicitó se le dispensasen los intersticios, y en el espacio de dos meses y medio le hicieron recibir la primera tonsura, los órdenes menores, el subdiaconato, el diaconato y el presbiterato. Tenia Felipe á la sazón treinta y seis años, y hasta entonces no habia pensado en hacerse sacerdote, considerando su indignidad. Ninguno se llegó al sacrificio del altar con mejor disposicion. Las extraordinarias gracias con que el cielo le favoreció en su primera misa, fueron, por decirlo así, como los preludios de los singulares favores que habia de recibir en lo sucesivo. Celebraba cada día, y siempre con nuevo fervor; desde la consagracion hasta que consumia parecia un hombre extático, con el semblante arrojando fuego; permanecía inmóvil y sin sentido horas enteras; las dulces lágrimas que derramaba, mostraban bien el incendio del divino amor que abrasaba su alma; nunca podia arrancarse del altar sin mucha violencia.

Viéndose precisado á celebrar el santo sacrificio en una capilla particular, así por sus achaques, como para dar rienda y mayor libertad á su tierna devocion, tenia prevenido al ayudante que un poco antes de la comunión le dejase solo, y volviese una ó dos horas despues para acabar la misa. Se puede discurrir cuá-

les serian las intimas comunicaciones que entonces tendria con su Dios, y de qué delicias espirituales seria inundada aquella purisima alma; á lo menos se puede conjeturar por lo que sucedió despues.

Acabando un dia de decir misa, y sintiéndose inflamado de un extraordinario deseo de amar mas y mas á Dios, lo pedia con fervorosisimas instancias al Espiritu Santo, como principio y origen del divino amor, cuando sintió de repente que, no cabiéndole el corazon en el pecho, rompió con estruendo dos costillas que se separaron hácia los dos lados para hacerle mas lugar, y para darle mayor dilatacion. Vivió cincuenta años despues de este insigne favor, y despues de su muerte toda Roma fué testigo de tan singular prodigio.

La ternura que profesaba á la santísima Virgen, era en todo correspondiente al amor que le abrasaba por su santísimo Hijo. Apenas acertaba á apellidarla con otro nombre que con el de su Madre, sus delicias y su amor. En todas sus exhortaciones, pláticas, discursos y conversaciones familiares habia de entrar el dulcísimo nombre de Maria. « Honrad á Maria, amad á » Maria, hijos míos, decia continuamente á los padres » de su congregacion: ella es la dispensadora de todas las gracias, y ningun favor recibimos del cielo » que no venga por sus manos. » Fuera del rosario que rezó indispensablemente todos los dias de su vida, una de las devociones que aconsejaba á todos, era que repitiesen sesenta y tres veces al dia esta jaculatoria: *Virgo Maria, mater Dei, deprecare Jesum pro me, ó virgo et mater: Virgen Maria, madre de Dios, ruega por mí á Jesus, ¡ó virgen y madre!* Todas las conversiones y todas las maravillas que obraba Dios por su fiel siervo, las atribuia este á la santísima Virgen, de qu'en recibia cada dia singulares favores. Hallándose en una ocasion enfermo de gravísimo peligro, y á punto

de espirar, se le apareció la santísima Virgen: á su vista recobró las fuerzas, incorporóse con lijereza en la cama, levantó las manos al cielo, y clavando los ojos en el objeto que él solo veía, exclamó con asombro de los circunstantes: *Ea, que aquí está mi buena Madre.* Desde aquel instante quedó enteramente sano, y pudiendo mas su gozo que su humildad, confesó con ingenuidad que su pronta y milagrosa curacion la debia á la visita de la Virgen.

Entre tanto, aunque era muy abundante la miés en la cofradia de la Trinidad, no era campo bastante dilatado para su grande zelo. Aconsejóle su confesor que entrase en la congregacion de los clérigos de san Jerónimo llamada *de la Caridad*, donde le destinaron al ministerio de oír confesiones. Mirábalo Felipe con un santo temor, y no se atrevió á ejercerlo hasta haberse asegurado bien de ser llamado á él con una verdadera vocacion.

No se pueden explicar los bienes que hizo en este sagrado ejercicio. Viéronse desde luego grandes conversiones en todo género de personas, estados, clases, edades y condiciones. Confesarse con Felipe y convertirse, era una misma cosa. Como estaba todo abrasado en el amor divino, la menor palabra suya penetraba el alma. No habia pecador tan obstinado en la costumbre de pecar, no habia hombre disoluto, no habia mujer perdida, que á sus piés no se deshiciese en lágrimas. No habia resistencia á una exhortacion de Felipe; una sola palabra suya ablandaba y derretia el corazon mas helado. Llenábanle de consuelo tantas maravillosas conversiones, y así no le dolia el trabajo. Despues de haber pasado en oracion una grande parte de la noche, decia misa al romper el dia, daba gracias, y se metia en el confesonario, donde no pocas veces estaba hasta muy entrada la noche, sin otro sustento que el de la salvacion de las almas.

No podían menos de alarmar al infierno tantas maravillas. Conjuróse la envidia contra el santo, y le suscitó enemigos aun entre sus mismos hermanos. Armáronse mil lazos contra su prudencia y contra su zelo; empleóse la gente mas perdida, mas disoluta y mas obstinada para sorprenderle; echóse mano de la calumnia; fué acusado ante el vicario de Roma de que enseñaba novedades, y de que guiaba á sus penitentes por caminos extraviados y hasta entonces no conocidos. Fué citado, fué amonestado y fué observado; pero al fin, reconocida su santidad y su inocencia, cesó la borrasca y se le confirmó en su apostólico ministerio.

Noticioso de las milagrosas conversiones que obraba el Señor en el Japon por medio de los padres de la Compañía, tuvo el pensamiento de atravesar los mares, y juntarse con tantos zelosos misioneros; pero le desviaron de él, representándole que en sola Roma encontraria su zelo un buen equivalente de todas las Indias y de todo el nuevo mundo.

Por este tiempo creció tanto el número de sus discípulos, y era tan grande el concurso de los que le buscaban, que embarazaban la iglesia, y no daban lugar á las juntas que acostumbraba celebrar la congregacion de la caridad. Por este motivo pidió á la misma congregacion un sitio bastantemente espacioso, que estaba al lado derecho de la misma iglesia, y no sirviéndola á ella para nada, podia ser muy útil para los fines que Felipe andaba meditando. Concediéronsele, y luego dispuso que sus discípulos en diferentes horas del dia tuviesen en él instrucciones públicas y conferencias espirituales; siendo los primeros que se le agregaron, y los primeros tambien que empleó en este ministerio, Taurisio, Modi, Fuccio, Baronio, que despues fué cardenal, Bordini, que fué arzobispo de Aviñon, y Alejandro Fedeli. El resultado fué tan feliz

y el fruto tan notorio, que concurría de tropel el pueblo y la nobleza, singularmente á la conferencia de la tarde; lo que determinó á Felipe á erigir en el mismo lugar una especie de oratorio, para que se acabasen las conferencias con un rato de oracion. Echó Dios su bendicion á este piadoso pensamiento de tal manera, que ya no se hablaba en Roma de otra cosa sino de ir á visitar el oratorio de Felipe Neri. Era cada dia mas abundante la miés; y teniendo Dios cuidado de aumentar el número de los obreros, se dió principio á aquella santa congregacion, que hace casi dos siglos está edificando con tanta gloria y con tanto esplendor á toda la santa Iglesia.

Tal fué el nacimiento de la ilustre congregacion de los padres del oratorio de san Felipe Neri en Roma, tan célebre por los grandes hombres que ha producido y está produciendo cada dia, tan estimable por la prudencia y discrecion de sus constituciones, y por las virtudes sobresalientes de sus individuos, y tan útil á la Iglesia de Dios por los continuos frutos de su zelo, que acaso es la mas provechosa de todas las fundaciones que se han hecho hasta ahora en los dominios de Italia. Pero hablando en rigor, hasta el año de 1564, en que Felipe tomó á su cargo el gobierno de la iglesia que pertenecía á la nacion florentina, no dió una forma regular á su congregacion. Entonces formó las constituciones que fueron aprobadas por la silla apostólica, y confirmó despues la santidad de Gregorio XIII por un breve que expidió en 15 de julio de 1575; y bien informado este gran pontífice de los imponderables bienes que traía al orbe cristiano la nueva congregacion, la cedió la nueva iglesia de Valliceli. En muy breve tiempo se hicieron despues otras muchas fundaciones, estableciéndose la congregacion primeramente en el estado eclesiástico, de donde se propagó al reino de Nápoles, á la Toscana, al Mila-

nés, y con el tiempo se extendió á España y á Portugal. El santo fué elegido á una voz por primer general, á pesar de su extrema repugnancia.

No podian faltar contradicciones á una congregacion tan santa y tan provechosa. Desatóse el infierno furiosamente contra los miembros y contra la cabeza; no perdonó á las mas groseras calumnias: pero la eminente virtud de nuestro santo fácilmente burló todos los artificios del espíritu maligno. Cada dia era mas admirada su heróica santidad, que confirmaba el Señor con frecuentes profecias y milagros. Llamó un dia á Baronio á la una de la tarde, y le dijo: *Tomaos el trabajo de ir á visitar los enfermos del hospital.* Representóle Baronio que aquella era una hora incómoda y que solo serviria para molestar á los enfermos que estarian descansando. *Id sin dilacion,* replicó el santo. Obedeció Baronio, entró en una de las salas, y luego vió en ella un enfermo que estaba agonizando. Corrió á él para ayudarle á bien morir, y entendió, no sin admiracion, que no se habia confesado. Confesóle muy despacio, y habiéndole administrado los demás sacramentos, espiró dichosamente en sus manos.

Profesaba Felipe estrecha amistad á san Ignacio de Loyola, fundador de la Compañia de Jesus; y pasó este amor á ser como hereditario en sus hijos. Amábase los dos santos reciprocamente, y despues de muerto san Ignacio, nunca emprendia Felipe cosa considerable sin ir á consultar con Dios delante de su sepulcro. En fin, conociendo Felipe que le iban faltando las fuerzas por su avanzada edad y continuos achaques, consiguió licencia del papa Gregorio XIV para decir misa en su aposento; porque dejarla un solo dia, hubiera sido abreviarle los de la vida. Celebróla el dia 26 de mayo con su acostumbrado fervor y devocion, y concluida, solo pensó en disponerse para ir

á gozar de Dios. Noticioso sin duda de la hora de su muerte, se entregó á los mas tiernos y mas fervorosos actos del divino amor, y en estos felices transportes espiró, el año de 1595 á los 82 de su edad.

Estuvo el santo cuerpo expuesto á la veneracion de toda la ciudad por espacio de tres dias; al cabo de los cuales, encerrado en una caja de nogal, se depositó en un nicho que se abrió en la pared. Siete años despues fué trasladado con mucha pompa á una magnífica capilla que se habia erigido en su honor, habiéndose hallado su cuerpo incorrupto y entero sin embargo de no haber sido embalsamado; y fueron tantos los milagros que por su intercesion obró el Señor en su gloriosa sepultura, que desde luego se comenzó á trabajar en los procesos de su canonizacion, la que celebró solemnemente el papa Gregorio XV, el dia 12 de marzo de 1622.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Felipe Neri, fundador de la congregacion del Oratorio, esclarecido por el don de virginitad, el de profecia y el de milagros.

Además en Roma, san Eleuterio, papa y mártir, que convirtió á la fe de Jesucristo un gran número de nobles Romanos, y envió á Inglaterra á los santos Damian y Fugacio, que bautizaron al rey Lucio con su mujer y casi todos sus vasallos.

Asimismo en Roma, san Simitrio presbítero, y otros veinte y dos, que padecieron la muerte en tiempo de Antonino Pio.

En Atenas, la fiesta de san Cuadrato, discípulo de los apóstoles, el cual, habiendo reunido con su fe y su zelo á los fieles que habia dispersado el temor de la muerte en la persecucion del emperador Adriano, presentó á este principe una apología de la reli-

gion cristiana, muy útil y digna de la doctrina apostólica.

En Viena, san Zacarías, obispo y mártir, que padeció en tiempo de Trajano.

En Africa, otro santo Cuadrato mártir, en cuya fiesta pronunció san Agustin un discurso.

En Todi, la fiesta de los santos mártires Felicísimo, Heraclio y Paulino.

En el territorio de Auxerre, san Brix, que fué martirizado con un gran número de cristianos.

En Cantorbery, san Agustin obispo, el cual, habiendo sido enviado á Inglaterra con otros muchos por el papa san Gregorio, predicó á los Ingleses el Evangelio de Jesucristo, y pasó al reposo del Señor brillante con la gloria de sus virtudes y de sus milagros.

La misa es de confesor no pontifice, y la oracion la siguiente.

Deus, qui beatum Philippum confessorem tuum sanctorum tuorum gloria sublimasti; concede propitius, ut cujus solemnitate lætamur, ejus virtutum proficiamus exemplo. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que colocaste en la gloria de tus santos á tu confesor el bienaventurado Felipe, concédenos benigno, que pues celebramos festivos su solemnidad, nos aprovechemos del ejemplo de sus virtudes. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del libro de la Sabiduria, cap. 7.

Optavi, et datus est mihi sensus; et invocavi, et venit in me spiritus sapientiæ: et præposui illam regnis et sedibus, et divitias nihil esse duxi in comparatione illius. Nec comparavi illi lapidem pretiosum; quoniam omne aurum

Yo deseé la inteligencia, y me fué concedida; é invoqué el espíritu de sabiduría, y vino á mí: y la preferí á los reinos y á los tronos, y tuve en nada los tesoros en su comparacion. Ni comparé con ella las piedras preciosas; porque todo el oro

in comparatione illius arena est exigua, et tanquam lutum aestimabitur argentum in conspectu illius. Super salutem et speciem dilexi illam, et proposui pro luce habere illam, quoniam inextinguibile est lumen illius. Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa, et innumerabilis honestas per manus illius. Et lætatus sum in omnibus, quoniam antecedebat me ista sapientia, et ignorabam quoniam horum omnium mater est. Quam sine fictione didici, et sine invidia communico, et honestatem illius non abscondo. Infinitus enim thesaurus est hominibus: quo qui usi sunt, participes facti sunt amicitiae Dei, propter disciplinæ donâ commendati.

en competencia suya es como una arena pequeña, y la plata en su presencia será reputada por cieno. La amé mas que la salud y la hermosura, y propuse tenerla por guía, porque su luz es inextinguible. Juntamente con ella me vinieron todos los bienes, é inmensa riqueza por sus manos. Y me alegré de todas estas cosas, porque esta sabiduría era mi guía, y yo ignoraba que es madre de todo esto. La cual yo aprendí sin ficcion, y comunico sin envidia, y no escondo sus riquezas. Porque es un tesoro infinito para los hombres: del cual aquellos que hicieron uso, se hicieron participantes de la amistad de Dios, siendo recomendables por los dones de la doctrina.

NOTA.

« No tenemos el texto hebreo del libro de la Sabiduría, y es muy posible que los Judíos ocultasen el original en odio de los cristianos, que se valen de él para convencerlos de que habian cumplido lo que se profetizaba en este libro, dando la muerte al Salvador. »

REFLEXIONES.

Deseé la sabiduria, y se me dió. Nunca la niega Dios al que la quiere, y la pide con sinceridad. *Paz y abundancia de gracias en la tierra á los hombres de buena voluntad.* Pero las pasiones no se acomodan con tanta luz; el amor propio gusta de estar á sus anchuras: complácese en ignorar lo que no puede conocer sin

que le turbe, y le coarte la libertad. *Noluit intelligere, ut benè ageret.* Procúrase apartar de la memoria todo aquello que puede recordarnos nuestras obligaciones. La demasiada luz incomoda á los ojos enfermos; y el conocimiento claro y distinto de las verdades terribles de la religion espanta siempre á una conciencia poco tranquila. En vano procuran sosegarnos el espíritu del mundo, la pasion y nuestro propio espíritu; en vano se esfuerzan en persuadirnos que son terrores pánicos, espantajos, sobresaltos sin fundamento: nada nos sosiega. Pero ¿qué se hace para calmar la inquietud, y para conseguir la tranquilidad? ¿se desea por ventura el espíritu de inteligencia para quitar la máscara al error, y para descubrir el peligro? ¿se recurre al Señor para obtener el espíritu de sabiduría preferible á los reinos y á los tesoros? ¿aquella sabiduría que quita el velo á las ilusiones del entendimiento y del corazón, y que pone á la vista con la mayor claridad todo el embuste y toda la vanidad del mundo? Segun parece, no nos serviria de mucho gusto el alcanzarla; y así solo la pedimos por cumplimiento y con la punta de los labios. Extraviarse los hombres, y todo el cuidado, toda la aplicacion de los que van mas extraviados, es desviar, alejar de sí todo lo que puede hacerles conocer su extravio. Pero nunca dura la ilusion hasta la muerte; al acercarse el fin de la vida, se desvanecen los fantasmas; disípanse las tinieblas cuando va llegando la última hora; y á la luz de la cercana eternidad se deseubren muchos misterios. Entonces no se consultan los deseos del corazón para recibir de ellos la inteligencia; entonces se tiene religion; la razon puesta en libertad se somete á la fe, y aprueba y ama esta noble dependencia. Restituidas las dos á sus legítimos derechos, hacen conocer, hacen palpar toda la injusticia de nuestros desórdenes, y toda la

equidad de la ley que se ha menospreciado. Pero ¿qué efecto produce en la hora de la muerte esa inteligencia clara y distinta de las verdades mas importantes, esa comprension del corazón humano, esa sincera confesion de sus extravios? Ya es muy breve el tiempo que queda para una verdadera conversion; y está instruido el proceso; el Juez se presenta, es preciso comparecer. ¡Ah! entonces solo queda la confusion, el dolor vivo, pero estéril, la desesperacion, fruto natural del conocimiento tardío, arrepentimiento forzado, reflexiones fuera de tiempo.

¡Cosa rara! en nada se equivocan mas los hombres que en el concepto que forman de sus mismas operaciones. Juzgan ser acto de la voluntad el que puramente lo es del entendimiento. Conócese la equidad del precepto, la santidad de la ley, la importancia de la obligacion, las funestas resultas del pecado, y el castigo que merece; ríndese la razon, todo lo aprueba, y conviene en todo sin réplica; pero este conocimiento, enteramente intelectual, puramente especulativo, nos persuade el amor propio que es un acto práctico de la voluntad, una detestacion sincera y efectiva del pecado. No hay cosa mas ordinaria que esta fatal equivocacion: de este principio nace aquel tropel, ó por lo menos aquella multitud de deseos tan inútiles como estériles; quiera Dios que esta funesta equivocacion no se extienda tambien á la imaginaria conversion de muchas gentes.

El evangelio es del cap. 42 de san Lucas, y el mismo que el día XII, pág. 307.